

Catálogo de la exposición *Invitación a pasear / Invitación a esperar*, de Martí Anson. Ed. Ayuntamiento de Málaga. Málaga, 2000.



Stop voyager.

*Era como el santuario y el lupanar de las posibilidades.*¹

Esperar

Flash, flash.

Flashes. Stop this time.

¿Estoy aquí?

Invitado,

Estar respirando puede no ser suficiente para el mundo. Ahí fuera hay palabras, signos, puentes entre piedras móviles, las piedras que respiran. En cada una, no obstante, la pasarela permanece inmutable, anclada y seca para mí. Curioso humor del espíritu, éste que me impide ser algo así como algo aquí.

... has sido invitado.

Desde la estación de metro hasta la estación de metro hay una eternidad, una infinitud real de trascursos sin movimiento. No hace falta el movimiento para este desplazamiento cotidiano y ausente de la conciencia; aunque esté ahí siempre, con la escalera, con la prisa, con el reloj, con los desconocidos, con el vagón. Cuando aparece el vagón se reordena el mundo que pasa. Empieza el tiempo, otra vez. No se mueve el andén, no se mueve la mujer, ni la señal, ni el reloj, ni la casa, ni los coches, ni los cables, ni las luces, ni las nubes, ni los ladrillos, ni la ciudad. No se mueve nada, no me muevo yo, encadenado al pasar.

Pero corren los números del reloj: el mundo es lo que creemos. El reloj juega a hacernos creer que significa algo. Como una obra de arte. Este reloj es como si fuera una obra de arte, como si fuera el mundo. Por eso atendemos a lo que pase con él... ahí estamos, esperando la mentira de su ritmo, mirando cómo todo lo que pensamos no es, mirándonos en las agujas del espejo del metro. Hasta que llegue el vagón en su hora exacta de vacío.

Flashes.

¹ Paul Valéry, *Monsieur Teste*, Visor. Madrid 1999, p. 45.

Agujas del espejo o de la jeringa. Absorber el sagrado líquido del tiempo puede ser demasiado para tus venas: no te mires en el reloj de la estación.

Estoy demasiado cerca del silencio. Soy tan clínico...

Estás esperando el metro. Intoxicado.

Ordenaciones automáticas que nos permiten respirar o caminar se agencian de nosotros. Territorio conquistado por cierta tragedia habitual: costumbres de ensoñación al decir, hinchados, que estamos vivos. Nadie puede exclamar más alto que el convencido, ni tan mal... Nadie sabe lo que el reloj marca, tan mal caso le hacemos.

Pues no es ya una herramienta: él te mira esperar. Despliega su tiempo de control para, no sabes cuándo, darte lo que deseas. Así te devuelve el tiempo ese reloj, sin memoria.

No estoy aquí, me estoy fugando del sitio, del tiempo, del mundo. Sólo soy posible fuera de la historia: pasear, pasear, esperar...

Stop.

La oscuridad encierra abismos de vida para los quietos. La oscuridad está cuando te paras, cuando te sales de tí sabiendo. Descarrilar antes de coger el tren, eso es lo que te permite el reloj como si fuera el tiempo. Como tú en tu imagen, el carrusel marca la distancia que nunca se detendrá, el espacio de la fascinación; despliega todo un mapa bajo nosotros, entre otras cosas porque no sabemos si saber eso nos servirá para la vida o para la muerte. Cuando el deseo y el miedo llegan a alternarse con tan inaudita precisión, resulta natural no moverse.

Veo cómo se atrasa el reloj, o cómo avanza treinta y dos segundos de golpe. Ahí es donde realmente me hallo en casa, donde floto a la deriva de lo de fuera. Tiempo fuera, tiempo muerto en el partido diario... Sin embargo, también sé que nunca podré hacer uso de ese tiempo, ya siempre pasado. Tan sólo sabré que estuve en él.

Quizá siempre esté queriendo no estar aquí, así, o quizá me guste en exceso mirar. El ladrillo sobre el que sitúo mis pies no reclama que me vaya. No necesito moverme, no deseo ir a sitio alguno, ni siquiera a éste. Desaparecer donde estoy o hacerme invisible o que me borren de la foto o que dejen de hacerme caso cuando hablo. O que llegue ese maldito vagón del tiempo.

Parar, y parar.

Por otro lado, a menudo se me presenta la intención, clara y diáfana, de tirarme al pozo...

Stop this time.

... siempre la he reprimido por el exceso de velocidad del viaje. Si me diese tiempo a disfrutar del túnel... Pero tan solo puedo imaginármelo... Y puede que por eso siga pensando en ello, por la distancia eterna hasta la realidad que implica esta querida imagen. Y puede también que el ansioso marcador tenga algo que ver con esto. Me lleva al pozo el reloj.

Despreciar tus sentimientos, tus pensamientos, para poder irte lejos de ellos y verlos como en la tele. Mirarte esperando en un andén vacío para tí, rodeado de otros tantos ilusos en andenes vacíos para tí. Verte antes del momento acordado para que tu vida reinicie su carrera, y verte luego, y mientras ese momento pasa sin que te enteres, también. Verte muerto porque te ves. Mirando, inquieto, el reloj.

Pasadizos a sí mismos. El cínico habita la estrategia del dolor. Quiere que reconozcamos el dolor como el mecanismo del mundo. Heridas que son ventanas al mundo -a un mundo ajeno a tí que caminas para ir a algún sitio, o a tí que deseas a las cosas-, huecos sangrantes de abrumadora quietud. La indecisión decide por tí, pues tú estas fuera de este lugar. O entras o sales, ¿no? Pues lárgate ya. Aquí estamos todos quietos; es más, aquí no hay nadie.

Inhabitante: el que habita el puente, el pasillo, el pasadizo. Aquí eres un homeless interior.

*Es toda una experiencia vivir con miedo,
¿verdad?... Eso es lo que significa ser esclavo.²*

El miedo ha sido poetizado en ese crónico artilugio. No se trata de traspasar la cosa o de plantear una mirada trascendente. La poesía es la cosa, todas las cosas, es el reloj. Es la mentira del reloj trucado para que te sientas bien esperando en un andén en el que todo es correcto. El vagón jamás llegará tarde porque el tiempo lo trae él mismo: ya no habita en tí. Y es ese hueco que el tiempo deja lo que se llama miedo. Todas las cosas del mundo se deslizan entonces por un oscuro agujero de la memoria, un sordo trayecto a tí mismo, un lapso vital sin control alguno ante el que solo cabe esperar el regreso de la cadencia de lo usual. Confiar en la rutina que siempre trae al tiempo de nuevo. Abandonarse a esperar, como siempre, la llegada del metro, el aliento del monstruo.

Esperar, pasear

Sin centro con ciclos.

Giros girando volviendo

Retorno al punto.

Del fin al principio.

Sin centro -con ciclos.

En un loop toda mi energía.³

² Ridley Scott, *Blade Runner*. EEUU 1982.

³ José Val del Omar, extracto de *Sin fin*, en Lagartija Nick, *Val del Omar*, Columbia. Madrid 1998.

... mientras, la calle discurre como una sucesión de anuncios hasta que empieza de nuevo el programa favorito: Yo. La salida a la luz y al ruido de las cosas humanizadas puede ser traumática, a no ser que se esté dispuesto a disfrutar del choque. Además, se trata tan sólo de dar un paseo, sin ir mucho más allá. Pues no hace falta, realmente, elucubrar complejas estrategias de trascendencia para ser un bicho que mira alucinado. Un bicho en el tiempo.

Así nos quiere Martí Ansón, como bichos alucinados del tiempo.

Del monstruo.

No hay paradas para la bestia.

Monstruo, que se desliza por cada uno de los que habitan el suelo urbano. Monstruo programador de todo. El tiempo sigue el rastro del que lo ha descubierto y lo observa aterrado, busca disidentes del ritmo. El monstruo no pregunta: *¿quiere usted bailar?*, le basta con poner la música a tope y sentarse a verte correr. Así hasta que caes muerto... Es su entretenimiento.

Verte caminar al revés de todo el mundo. Pues tan solo tú reconoces el devenir, el transcurso del paseo en tus pies. El paisaje son bucles que te señalan como extraño. Aquí, en la perversa ventana de Martí, ostentas el estigma del espectador o del mirón. La marca de tu vertiginosa soledad.

Sol, flashes.

No veo doble, ni miro a través del escaparate. Ni verdadero, ni auténtico, ni falso. Todas esas palabras no sirven, son paralelas y nunca chocarán. No estoy aquí ni como tú estás. No me reconozco aquí, me parezco inventado...

Realidad, otra gran pantalla que ocurre plana como el papel. La ciudad, la casa, la silla. El parque, el metro. Así, también aquí, con la monotonía de la repetición como terapia, una tremenda trama, que no avisa porque no asusta, nos va constituyendo desde el principio, cada vez más, hasta el final del día. El monstruo no impresiona ni sorprende, pues no lo reconoces: está en tí, ciudadano, en tu reloj. En los relojes de la ciudad: todos a la vez, como la ola del estadio de fútbol. *Todos*. La cosa única otra vez. La verdadera historia de cada cual como la de todos. Universo.

Flashback.

Sin reposo, despreciando los días y los pensamientos. Abandonándolos a su vagar, por sí solos, lejos de los actos de tu cuerpo. Órdenes de magnitud para los insomnes, sin descanso.

Desenfrenos muertos.

De precipitación en precipitación, toda una vida automática. Contra el mundo, en la digestión de la bestia aún hay esperanzas de fuga... cuando un instante de suspenso se halla tan cerca...

El ciudadano ante el mundo ya no tiembla. Sujeto ante *sujeto*, ante un multiverso vivo. El sujeto encadenado no puede abarcar este objeto. Lo que mira cambia demasiado rápido, es fugaz y siempre diferente. Multiversum, misterio de lo habitual para el ciudadano que, como tú, se asoma al túnel de la densidad del tiempo. Como un inciso o un agujero extraordinario en la trama rítmica de los días, parece que el engendro de Martí resulta de no querer asumír la vida como simple inmediatez.

Susto de la planicie del sentido, de la velocidad para no parar, de la ausencia de bancos en los que sentarse.

Susto de la idiotez, quizás.

Miedo.

*Tempus edax rerum.*⁴

¿Puede que el interés de esta ventana de Martí sea relacionarse con el afuera? Puede que sea tan simple como eso. Tan complejo como dejarse ir rápido en la curva hasta salir de la autopista, para hacer una paradita y sentarse en el arcén. A ver el paisaje. A ver reventar la repetición indefinida de actos cada vez más ajenos y mecánicos que nos exilian, en nuestro propio cuerpo, al transcurrir del monstruo.

López Cuenca gusta de señalar que, en español, un *viaje* es también un navajazo. Así te has fugado, de la estabilidad virtual del mundo a la única real, un viaje a la muerte. Los bucles del cínico nos expulsan del *ir haciéndose* hasta el mirador, operan como un cíclico retorno donde se hace permanente lo mutable, como una afilada parodia de la Historia. Y desde los asientos del vértigo podemos acecharla, ser sus espectadores y contemplar al propio bucle *haciéndonos allí dentro*, podemos, ahora ya reconocidos masoquistas, disfrutar de la plenitud poética de la realidad –nuestra realidad–, que no existe sino en su memoria idealizada.

Podemos desear habitar la vacuidad del presente. Sin intentar llenarlo.

Flashbacks.

Flashbacks.

Multiverso que me abraza: mi herida está en su piel.

El paseo que me ofreces es veneno...

Universo sálvame

Que mi herida está en tu piel

Intoxícame hasta el final...

Subo al cielo, estoy en él

Tu satélite seré

Intoxícame en el más allá...

Ciencia ficción, ven a mí

*Solo yo, para tí... como Dios.*⁵

⁴ “El tiempo, devorador de todas las cosas”. Ovidio, *Metamorfosis*, Libro XV, vers. 234.

⁵ Mercromina, extracto de *Ciencia ficción*, en *Acrobacia*, Subterfuge Records. Madrid 1995.

La fuerza de las invitaciones de Martí es que son la expresión poética de un vacío, desde la que nos permite contemplar la indiferenciación de lo real y lo simbólico. Un gesto mínimo, una simple invitación, inunda la mirada con la explosión de una convención olvidada.

Pues soy yo el verdadero engaño, entonces. Hay lugares como oscuros presagios, y no debo acercarme a ellos.

Hay lugares en los que podría estar enterrado. Con las promesas, como el engaño. Son tumbas.

Hay lugares de acceso restringido. Y autorrestricciones que hacen de nosotros espacios inalcanzables, criptas habitadas en su exterior.

Y se nos invita a entrar a vernos allí...

Tan simple como aparecer en la calle, a pleno sol, armado con una linterna.

Buscando un hombre,

sin el reloj.

Polaroid Star